

Erotismos

Un rebelde del ocaso

ANDRÉS DE LUNA

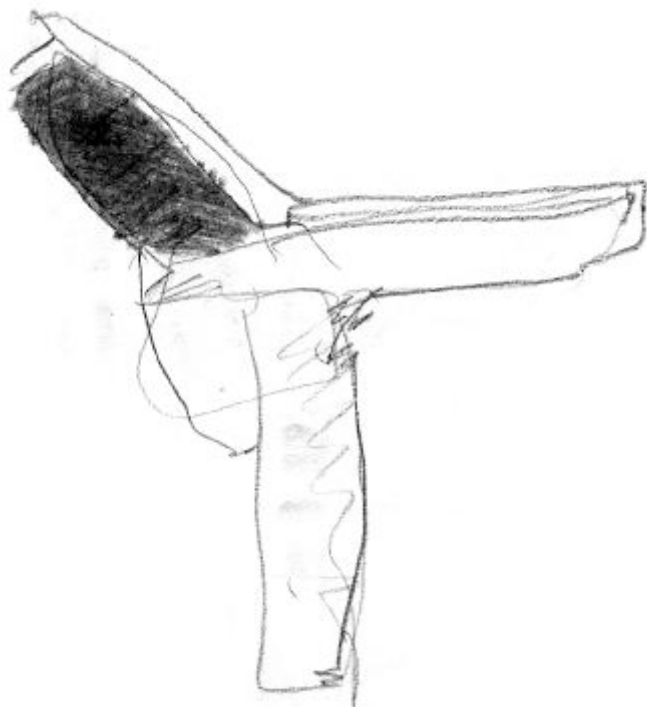
16

EstePaís cultura

El inicio de la década de los sesenta del siglo anterior tenía el gesto de la pudibundez. Uno de los escritores que mejor han reflejado esos momentos es el británico Ian McEwan en su novela magistral *Chesil Beach* (Anagrama, Barcelona, 2008). Una pareja de jóvenes enfrentan la noche de bodas con un miedo ritual que terminará en desastre. El sexo todavía era tema a abordar y había que enfrentarlo con todo y sus fantasmas. Años después, para 1966, por ejemplo, se abolía la censura cinematográfica en los países nórdicos, y llegaron cintas que se volverían de culto: *Soy curiosa: azul* y *Soy curiosa: amarillo*, de Vilgot Sjöman. La contracultura fue un detonador de múltiples experiencias que establecerían los matices en el régimen de la mirada y de los comportamientos.

Elvis Presley sufrió los embates de la intransigencia puritana, que vio obscenidad en los movimientos pélvicos que realizaba al bailar. Tiempo después tomaría la estafeta rebelde el aspirante a cineasta y poeta, luego vocalista de The Doors, el

mismísimo Rey Lagarto, Jim Morrison. La educación sentimental de ese mito del pop tiene mucho de laberíntico. Sus amores adolescentes en Venice Beach, California, tienen el sello del porvenir: con Gay Blair se porta agresivo, le destroza un vestido recién comprado, la tira en la cama y luego le escupe el rostro. Ella se ducha, salen un rato y de regreso disfrutaban de los embrujos de la marihuana y de la liviandad del sexo. Otra de sus admiradoras fue Pamela Zurubica, una *groupie* que presumía de tener conocimiento del rock más allá de las melodías y más abajo del ombligo de los músicos. Gustaba de los encuentros fáciles con los rockeros, a los que seducía con una o dos palabras, un cuerpo dispuesto y una desenvoltura singular. Con Morrison tuvo el gusto de mostrarle los caminos del eros desenfadado. El que sería el Rey Lagarto estaba sumergido en el pantano de una actividad erótica cercana a la mojigatería. Claro está que esos fueron los inicios. Pamela recibió el mote de Suzy Creamcheese, y fue ella quien propició el acercamiento de Jim a la que sería su compañera más constante: Pamela Courson. Eran los tiempos de las fiestas donde se trataba de romper con los convencionalismos. Al entrar se impregnaban los pulmones con el olor de la mota. Cada uno de los convidados daba fumadas para luego pasar a otro un carrujo de tamaño colosal que se extinguía con rapidez. De inmediato nacía otro que se quemaba con cierta carga ritual. El baile iba en ascenso, a la par de los besos y caricias. Suzy dejó a Morrison y se encargó de suministrarle lo mejor de sus deseos a un joven que encontró apetecible. Jim, con la valentía que otorgan las libaciones alcohólicas y las largas y espesas fumadas, se dejó ir por sus impulsos y consideró que Pam Courson era el amor de su vida. Al anochecer todo se convirtió en rincones ocupados por parejas, gemidos, y un Jim y una Pam escondidos de tal forma que ninguno de los participantes quería agregarse a aquel abrazo afectuoso, prólogo de lo que días más tarde se consumiría en amasiato. Aquella noche ni él ni ella



podían sacarse de encima los estragos de la tarde. La relación del Rey Largo y la muchacha pelirroja de incontables pecas tuvo el signo del caos. Era indudable que se amaban pero los excesos del cantante, para llamarlos de algún modo, eran un reto insuperable. Ella tomaba las cosas con buen ánimo y curaba sus heridas emocionales con otras parejas. Jim era un seductor, usaba su atractivo físico y siempre estaba rodeado de admiradoras que pretendían llevarlo al lecho. A veces vivían el chasco de que el cantante se derrumbaba en su cama y despertaba hasta el día siguiente, o estaba tan borracho o drogado que las erecciones eran fugaces o sólo eran propicias para un erotismo un tanto aborregado. Pese a todo ello, las mujeres recordaban a Jim con la certeza de haberse rozado con la leyenda. Se cuenta que una vez fueron dos muchachas las que trataron de conducirlo hasta un departamento desvencijado y maloliente de Los Ángeles. Jim quedó desnudo y lo único que anheló en ese momento fue orinar. El inodoro carecía de aseo y se notaba por el hedor que despedía. Morrison trastabilló para acomodarse en el lavabo, pero estaba tan alcoholizado que de tumbo en tumbo llegó a la recámara de las jóvenes. Ahí, de rodillas, vació la vejiga sobre la alfombra mugrienta, se recostó y todo terminó por esa noche que prometía mejores cosas. En otra ocasión, el vocalista de The Doors se encontraba con su amigo Tom Baker. Pasaron por varios clubes, bebieron y se fueron con un ligue ocasional, dos jóvenes de aspecto esmirriado que daban la impresión de ser adictas a drogas "mayores". Los llevaron a un lugar que tenían por los rumbos de Hollywood. Era otro cuchitril. Baker tuvo sexo con una de las mujeres que destapó su ánimo con unas tabletas de un derivado de la morfina, en tanto que la otra se llevó a Morrison, que estaba al borde del derrumbe. Con muchos trabajos, por las pastas y las

drogas ingeridas, así como por el estado del cantante, el hecho tuvo algo de heroico por parte de la *junkie*. Tiempo después, Baker hizo una escala para observar qué pasaba con su compañero de parranda. Vio a la joven que trataba de conseguir algo de placer al darle sexo oral a una virilidad que estaba marchita y lúgubre y que en todo caso requería de una suerte de milagro.

Egocéntrico y descentrado, Morrison comenzó una serie de prácticas que resultaban odiosas para sus compañeras. De pronto las citaba en tal o cual motel, ellas aparecían en medio de un cuarto con luces apagadas que presagiaban una sorpresa grata. Jim estaba con otra dama. Entonces él insultaba a la que acababa de llegar y la despedía con gritos y burlas. Morrison se complacía con esas actitudes de macho enfebrecido. El cantante era afecto a las acciones físicas agresivas y sus peleas con Pam Courson se convirtieron en leyenda urbana.

Morrison labró sus mitologías por medio de su capacidad erótica, de su voz y de todo lo que constituía su personalidad. También tuvo la certeza de los beneficios del escándalo y su voluntad para sacar de quicio a un grupo de conservadores que apoyaban la guerra de Vietnam y se desgañaban por las orinadas de Patti Smith en el escenario. Jim pasó por los furores represores de la policía de New Haven, Connecticut, que lo acusó de desacato a la decencia al tener un conato onanista en pleno escenario. El vocalista de The Doors supo llegar al individualismo radical; tan es

así que sus compañeros del grupo musical se quedaron atrás y todo parecía que giraba alrededor del cantante. En su gira por México, el promotor Mario Olmos le proporcionó a Jim una limousine blanca para uso exclusivo, en tanto que el resto del grupo tuvo la suya en negro.

Una prenda que tuvo las propiedades del fetiche fueron los pantalones de cuero negro que utilizaba Morrison dentro y fuera del escenario. Eran un prenda ajustada que acentuaba el bulto de su sexo. A veces frota esa zona para que despertara su miembro

viril y fuera evidente que estaba excitado. Esto lo hacía para provocar a sus enemigos o con el simple afán de bromear. Gustaba que sus admiradores le tocaran el trasero o que las atrevidas llegaran a los muslos o que se instalaran en su bragueta. Luego de un rato se mostraba inquieto y se iba. Si le interesaba alguna en particular se lo hacía saber de inmediato y se retiraba con ella.

Resulta curioso que la cinta *The Doors* (1991) de Oliver Stone sea un ejercicio fílmico apenas discreto. Demasiado aséptico y con una idea hagiográfica, el Morrison que está en la película es un eco demasiado vago de un personaje contracultural. El ego del cantante era colosal y se creía una suerte de reencarnación de Rimbaud. El sentido del espectáculo y los valores encarnados por ese héroe suicida hablan de una época rebelde. Claro está que las mitificaciones de pronto llegan al ridículo: en Los Ángeles se pondrá una placa en la barra de un bar de donde Jim Morrison fue expulsado luego de orinarse ahí en lugar de ir al mingitorio. El espectáculo debe seguir. ~

